





José Antonio Fernández Martínez

MEMORIAS DE  
UN MISIONERO  
ENAMORADO

Autobiografía



**alfaqueque  
ediciones**

Cieza  
2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“Memorias de un misionero enamorado”  
© José Antonio Fernández Martínez, 2019  
© Alfaqueque Ediciones, 2019  
Apartado de correos, 68  
30530 Cieza, Murcia, España.

<http://www.alfaqueque.es>

Maquetación y diseño cubierta: Fernando Fernández Villa

Primera edición: diciembre de 2019  
IBIC: BG  
THEMA: DNC  
ISBN: 978 84 949252 5 2  
Depósito legal: MU 1321-2019

Printed in Spain - Impreso en España

La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente. Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un acebuche (*Olea europaea sylvestris*) en el paraje de El Horno de Cieza (Murcia)



# ÍNDICE

PRÓLOGO .....	11
INTRODUCCIÓN .....	15
1. UNA VIDA DE CONTRASTES .....	21
2. MURCIA EN ECUADOR, PAÍS DE MISIÓN ....	47
3. ETAPA POR LA DIÓCESIS DE CARTAGENA .	101
4. OTRA FRONTERA Y UN ÚNICO COMPROMISO .....	149
5. EL DESTIERRO .....	165
6. CURAS CASADOS .....	217
7. ELLA .....	233
8. REFLEXIÓN FINAL .....	253
9. BODA .....	263
10. VIDA LABORAL .....	271
11. BODAS DE PLATA .....	309
12. MIENTRAS TANTO .....	313



A mis cinco hijos:  
José Antonio, Faustina,  
Manuela de la Ascensión,  
Miriam de Jesús y Vicente Alejandro

Pero, sobre todo, a Manolita,  
mi esposa, por ser la musa y el espíritu  
que ha motivado estos escritos





Nada hay cubierto que no deba descubrirse,  
ni nada escondido que no debe saberse;  
lo que os digo de noche, decidlo en pleno día.  
Y lo que escucháis al oído, pregonadlo desde la azotea.  
(Mt. 10, 27)



## PRÓLOGO

### MEMORIAS DE UN MISIONERO ENAMORADO

Una cita clásica en prensa dice así: «periodismo es aquello que alguien no quiere que se publique. El resto son relaciones públicas». Pues bien, este libro es —a la manera del famoso *Yo acuso* de Émile Zola— crónica periodística, circunstanciada, realista y real de una vida dilatada de lucha sobre la que muchos tienen ya noticia y sobre la que unos cuantos no querrían tener recordatorios de ninguna clase.

*Fernando Fernández Villa*, ese editor ciezano enloquecido por y con los libros cual redivivo *Alonso Quijano el Bueno*, nos trae, aquí y ahora, la publicación de otro libro diferente (como todos los que se precien de merecer ese nombre), *Memorias de un misionero enamorado*. *Fernández Villa*, desde editoriales como *Alfaqueque* o *La Fea Burguesía*, viene desarrollando desde hace ya más de una década una labor muy encomiable y, me atrevería incluso a decir, sin ánimo de exagerar, que hasta heroica en esto de la edición y publicación de libros en papel, con el aroma y el sabor de los libros eternos de siempre, bien encuadernados y a prueba de siglos, la única herramienta inventada por el ser humano, verdaderamente valiosa y perdurable contra la general y prosaica oxidación universal y los estragos causados por el paso del tiempo en la sustancia cerebral y en las neuronas de los pobrecitos e insignificantes seres humanos. Son libros que valen la pena, y este es un libro que la vale, la pena, y que vale también la alegría y la gloria de la perduración, porque está lleno de valor y de valores: el primero, el ya mencionado de su editor al atreverse a publicarlo, que hay que tener valor, o sea, ser un valiente, en estos tiempos, para hacerlo; *Fernando*, prueba superada, y una vez más *chapó*. El segundo valor, y no menor, el de su autor al atreverse a escribirlo, aunque

estoy convencido de que, en su caso, era realmente una necesidad primaria hacerlo; y el tercero, o mejor, en tercer lugar, no el valor sino los valores de todo tipo (cristianos y, sobre todo, humanos) que el libro encierra: la fe, la esperanza, la caridad, la perseverancia, el tesón, la entrega, la capacidad de sacrificio, la reciedumbre, la hombría, la generosidad, el altruismo y, por encima de cualesquiera otros, la arrolladora fuerza, imparable, del *amor*, divino y humano. La de *José Antonio* siempre ha sido, a lo largo de toda su vida, auténtica *locura de amor*. Su mayor y casi único pecado (si pecado hubiere de ser y no virtud), habría sido, en todo caso, *pecado de amor*, de desproporción y desmesura en la pasión, de abrasearse en la llama, ahíto de amor, hasta la consumición y la consumación más absolutas.

No sé si *José Antonio Fernández* habrá reparado en ello, o no, pero ya el título funciona como un instrumento de motivación y enganche, porque suena muy bien, acariciador y meloso, con esa serie de consonantes nasales y líquidas que te rodean, te atrapan, te arrebatan en sonora cadencia, vertiginoso arrastre y dulce y embriagador mareo, que culminan en la palabra talismán: *enamorado*, en amor atrapado, en amor, sufriente y gozosamente enredado, cárcel gozosa de amor en la que siempre ha vivido su vida el bueno de *José Antonio*, que, en la medida en que Amor ha regido su vida, ha sido suya, también, una vida nueva, plena de sentido. El título, por sí solo, con esa acertada conjunción entre el son y el sentido, constituye desde luego un magnífico hallazgo expresivo.

Pero, más allá de cualesquiera otras consideraciones, este libro deja constancia de una vocación misionera irrenunciable al servicio de la cual se puso una firme e incontrovertible voluntad de secundar fielmente el llamamiento y responder a él con fe, firmeza, lealtad y entrega. Quizá —como en el caso del *Cid Campeador* (¿cuántas batallas y durante cuánto tiempo, no habrá lidiado *José Antonio*?) *Dios qué buen vasallo si oviesse buen señor*— falló el señor, porque el vasallo cumplió siempre. Pero los *Roca Cabanellas*, o los *Ureña*, ni siquiera los *Azagra*, o *Lorca Planes*, no fueron en realidad buenos señores. Demasiado mangoneo, demasiado mamoneo, demasiada diplomacia vaticanista hecha tantas veces de doblez e hipocresía. El Señor, sólo el Señor fue buen señor. Y de eso queda cumplida constancia en estas memorias con

las que ajusta cuentas con la vida este cura íntegro, de una pieza, este insobornable y valiente ser humano al que quizá algunos vieron solamente en muchas circunstancias como rebelde y cabezón.

*José Antonio Fernández Martínez* siempre ha sido misionero porque ha querido serlo y hay que decir que, al cabo de los años, este libro, que acredita su azarosa e intensa trayectoria en tierras de misión, deja constancia de la fecunda labor realizada. Tengo que decir, no obstante, que el de mi persona fue quizá (yo al menos así lo he percibido siempre), uno de los pocos fiascos que registró su apasionada y febril labor misionera. *José Antonio* me pareció cuando lo conocí un verdadero iluminado, encendido de pasión, que tenía que salvarte sí o sí, incluso aunque tú no quisieras o no te dejaras fácilmente, como fue el caso. Quizá él ni lo recuerde y seguro que sólo se trata de algo anecdótico, pero allá por 1973 o 74 (año más, año menos...), cuando apenas se iniciaba la andadura de *José Antonio* en Cieza, como párroco en la iglesia de *San Joaquín* y vicario episcopal de zona, recibió el encargo de reconducir al buen camino de la fe verdadera a un alma descarriada, la mía, que supuestamente había perdido, o siquiera extraviado, la línea del horizonte. Yo por entonces era un polemista nato, signo de la contradicción según mi santa madre, que dolorosamente se lamía las heridas de un catolicismo marcado a fuego en sórdidas mazmorras de internado siniestro. Yo tenía que quitarme de encima aquella losa que no me dejaba respirar y él, José Antonio, no quería perder el envite y dejar escapar aquella alma tierna y sensible. He de decir que fue un formidable campeón de la fe pero que no pudo conmigo. Yo tampoco con él y el combate acabó en tablas, creo... Sí, para mí que fue combate nulo. Pero fue un contrincante honesto y digno, fuerte y vibrante, lleno en todo momento de buenas intenciones.

*Memorias de un misionero enamorado* es un libro de amor, de odio, de acción, de peripecia y aventuras en la selva amazónica, y de —tantas veces penosa, y dolorosa—, aventura interior, de dialéctica lucha contra sí mismo y contra el mundo. Una novela romántica documentada y realista, verdadera y real también como la vida misma, aunque, como antes solía expresarse en hojitas parroquiales de censura de espectáculos y películas, sin pornografía alguna, sin explicitudes innecesarias, ni defectos de forma. No hacían falta, no

hacen falta. Aquí no hay morbo. Como puro, limpio y directo testimonio de vida, el libro de *José Antonio Fernández Martínez* ya se vende —o eso puede y debe esperar y desear su editor— sobradamente bien.

Pero no puedo ni debo terminar estas palabras previas a que entren ustedes de lleno en la peripecia vital apasionante de este *Jeremy Irons* de secano (*La Misión*), sin hacer mención explícita, por encima de todo y de todos, en su radical prudencia y discreción, a *Ella*, sola, majestuosa, plena en sí misma, *la Diosa*, *Ella* cuyo nombre no puede ser pronunciado, que flotaba en el abismo de la oscuridad exterior, antes del comienzo de todas las cosas. *Ella*, que cuando miró en el espejo curvado del espacio negro, vio su propio reflejo radiante y se enamoró de él. Lo hizo aparecer mediante el poder que estaba en *Ella* e hizo el amor consigo misma, y la llamó “*Miria, la Maravillosa*”, más poderosa que el mismo Dios. *La Diosa* se llenó de amor, se hinchó de amor, y dio a luz a una lluvia de espíritus brillantes: *José Antonio, Faustina, Manuela de la Ascensión, Miriam de Jesús, Vicente Alejandro*, que llenaron los mundos y se convirtieron en todos los seres. Y es que todo empezó con el amor y todo busca volver al amor. El amor es la ley, maestro de la sabiduría y gran revelador de misterios. *¿Creyente yo? En Melibea creo, a Melibea adoro, por y para Melibea existo, Melibeo (Manolito) soy...*

Bartolomé Marcos

*Catedrático de Lengua Española  
y Literatura*

## INTRODUCCIÓN

Era frecuente que en las tertulias o conversaciones familiares, saliera a colación algún recuerdo de los muchos vividos en tierras de misión. Siempre se escuchaban con curiosidad los relatos que por cualquier motivo aparecían sobre los temas más variados. Despertaban tal interés que en varias ocasiones, tanto mis hijos como algunos amigos, me llegaron a sugerir que los pusiera por escrito. Incluso, en un día de Reyes, me regalaron un libro en blanco para que empezara a escribir.

Fue éste el motivo para sentarme ante el escritorio y empezar con algunos relatos. Una vez que dejé por escrito los más significativos, pensé que debía enmarcarlos en el ambiente misionero en que los había vivido. De ahí que más tarde, comprendí la necesidad de narrar el hecho histórico de una época en la que la diócesis de Cartagena-Murcia se comprometió a ayudar a uno de los países más necesitados de evangelización. Con esta idea me entretuve narrando el compromiso de más de una treintena de misioneros voluntarios, no solo del clero secular diocesano, sino también de algunas parejas de seglares recién casados.

También me animó a escribir, el hecho de pensar que podía ayudar a otros mi experiencia, además de algunas ideas que han dado sentido a mi vida. Aún a sabiendas de que las experiencias personales valen, sobre todo, para el que ha tenido la suerte de vivirlas.

Finalmente, me decidí a narrar la larga historia del protagonista, partiendo desde sus orígenes. Era evidente que sentía la necesidad de que mis hijos conocieran todo mi pasado. Reunido todo este material he intentado ofrecerlo de modo cronológico. Así, pues...

El capítulo primero, trata de mi infancia y juventud, enmarcada en los años de la dictadura. Años en los que el diálogo no era fácil ni acostumbrado. Más bien, se daban mo-

mentos de enfrentamiento, no solo entre padres e hijos, sino sobre todo con la jerarquía eclesiástica y con todo sistema de poder. Cosa que ya, entre algunos de nosotros, empezaba a considerarse como una obligación. Sin tener en cuenta este ambiente social, que se extendía en casi todo el mundo estudiantil y juvenil, difícilmente se podrían interpretar algunos de estos escritos.

En el capítulo segundo narro la acción misionera de la Diócesis de Cartagena en la República de Ecuador. Ya siendo teólogo había manifestado mi interés por ir a tierras de misión. Pero más, cuando en 1958 la diócesis envió a los primeros seis misioneros, atendiendo a una llamada del Papa Pio XII. En este capítulo cuento la intensidad de mi compromiso misionero, marcando cierto protagonismo desarrollado en la provincia Guayas.

En el capítulo tercero me sitúo nuevamente en la diócesis de Cartagena. Aquí, se respiraba el ambiente variopinto posterior al reciente Concilio Vaticano II. La libertad y compromiso con que me movía en tierras de misión no me era tan fácil en este nuevo ambiente. Tanto un colectivo amplio de clérigos como de seglares no aceptaba fácilmente el nuevo espíritu conciliar. Por este motivo, muchos feligreses empezaban a buscar parroquias distintas a las suyas o a clérigos que sintonizaran con sus viejas o nuevas costumbres. También, muchos religiosos y religiosas estaban cambiando sus compromisos de vida dentro de los conventos. Se habían despertado múltiples facetas dentro y fuera de los caminos emprendidos anteriormente en el campo de la espiritualidad. Muchos cristianos adultos replantearon su fe o se hicieron más críticos ante las normas y disposiciones de la jerarquía católica. Otros reaccionaron escandalizados y se refugiaron en lo que consideraron como más seguro dentro del nacional-catolicismo imperante.

Lo cierto es, y tengo que advertirlo, que todo lo he vivido con tanta intensidad que al escribir no podía separarme de un exceso personalista en la narración de los hechos. Lo que también quiero señalar es que las historias son verdaderas, son reales, son vividas en primera persona, aunque toda la verdad sea imposible de contar y, a veces, hasta podría ser inoportuno.

El capítulo cuarto hace ver la vida del protagonista en otro ambiente y con espíritu muy distinto del comienzo, aun-



que manteniendo los mismos compromisos tomados en sus primeros años. En este apartado presento la evolución que por distintos motivos puede darse en algunas personas con relación a su vocación cristiana inicial. De ahí que, para muchos, las opciones que toman en su vida siempre responden a un momento y a unas circunstancias puntuales relativas a su madurez y a su sensibilidad. Eso explica que la persona, con un nivel de formación determinado, con unas cualidades personales y en unas circunstancias determinadas, se decida por seleccionar la opción que responda a ese momento. Porque la vida se desarrolla, crece y hace ver las cosas de distinta manera pasado algún tiempo. Existen matices en la vida que ayudan y obligan a cambiar de pensamiento. Considero, que lo más importante y esencial es la trayectoria humana, y sobre todo, para un creyente. Para éste, por encima de los detalles o formulaciones, está su fuerte adhesión al mensaje de Jesús y su evangelio.

Este capítulo trata del cambio de frontera en el compromiso cristiano, pero siguiendo en el mismo ideal misionero. En el caso presente, intento demostrar que mantengo un mismo ideal pero vivido desde un estado diferente en la escala social. Se trata sobre todo, en este caso, de que mantengo un compromiso pastoral evangélico desde el mundo laico o seglar y en pareja matrimonial. Entendiendo que, como carisma, no es más noble el estado del clérigo célibe que el del hombre o mujer casados.

Considero que es inadmisibles pensar que el matrimonio es para la “gente de tropa” y el mundo del clérigo es para selectos y elegidos según el ideal de alguna corriente de pensamiento religiosa. Pero la realidad es que, hoy para ser un buen clérigo, éste debe tener el carisma del celibato y vivirlo además como una ley. El matrimonio es igualmente un carisma, que hay que vivirlo como tal. De hecho, muchos matrimonios sin carisma, como muchos clérigos sin el carisma del celibato son un desastre, tanto para la sociedad y la Iglesia como para el propio individuo y la familia.

En el capítulo quinto escribo sobre las consecuencias del celibato vivido sin el carisma, frente a las leyes canónicas actuales en la Iglesia y defendidas con uñas y dientes por la jerarquía dominante. Para esta jerarquía, en infinidad de casos, existe la costumbre de ocultar el hecho de haber roto la obligación del celibato y mantener el estado clerical. Algu-

nas veces se hace poniendo tierra por medio en exilio forzoso. Otras veces cambiando de ambiente o responsabilidad, con el agravante de no tener en cuenta la situación en que queda la mujer enamorada y la situación de los hijos, si es que los hubiere. En el caso que nos ocupa, el destierro ha sido promovido con medias mentiras o medias verdades.

En el capítulo sexto abarco el debate de los curas casados. Su reivindicación, su derecho a elegir una vida normal como ciudadanos, formando una familia. También se exponen las distintas formas de entender esta situación por parte de algunos colectivos e instituciones de la sociedad actual.

El capítulo séptimo está dedicado a Ella. Ahora, he querido describir la evolución afectiva del misionero enamorado y del desconcierto de la mujer que insensiblemente descubre que está enamorada con amor platónico en sus comienzos, que luego reflexiona y piensa que es un amor imposible, pero que al final lo siente como una mujer normal y lo desea.

Ella vivirá momentos de angustia y sufrirá las consecuencias de haber violado las leyes del Código de Derecho Canónico y haber superado el ambiente y la mentalidad de una sociedad clericalizada, que no le perdonará haberse enamorado de un clérigo.

El capítulo octavo presenta, finalmente, un tiempo de reflexión. Viajes, visitas a amigos y consejos de uno y otro signo. Pocas son las visiones imparciales sobre el caso, que al final en un acto de responsabilidad personal y dentro del mundo íntimo de la conciencia toma la decisión más correcta, a sabiendas de que los criterios seguirán siendo dispares.

El capítulo noveno habla de la boda. Decisión tomada, tras largas reflexiones y comentarios de todo tipo. Este hecho fue celebrado muy generosamente por aquellos que habían seguido de cerca todo este proceso.

Capítulo décimo. Despido impropio. Después de varios años de casados, y después de vivir pacíficamente nuestra vida familiar, volvimos a sufrir otro atropello, como consecuencia de haber asistido con mi mujer e hijos a una reunión de amigos, entre los que había célibes y casados. Fui expulsado injustamente de las clases donde impartía fructuosamente la enseñanza de religión católica. Pero, entendiendo por mi parte que este hecho fue motivado por venganza y utilizando mentiras llevamos el caso a los tribunales para defender el derecho constitucional a la vida privada y

familiar, incluyendo el tema en los derechos humanos. Ha durado dieciocho años, sin lograr unidad de criterios en la magistratura sobre el tema.

Capítulo undécimo. Bodas de plata. Había que celebrar que, contra el pronóstico de los que nunca vieron futuro a nuestra aventura, que ésta estaba bien fundamentada, y que siempre la defendimos como verdadera y querida. Pasado el tiempo, merecía la pena recordar su éxito. Aquello fue una exhibición de la madurez profesional, afectiva y familiar de nuestros hijos. Para esta celebración, ellos lograron reunir a los amigos que presenciaron nuestra boda de veinticinco años atrás, además de los nuevos amigos, nacidos de nuestras nuevas relaciones de cerca y de lejos.

Capítulo duodécimo. En él narro brevemente algunas ocupaciones mantenidas durante mi jubilación.



## UNA VIDA DE CONTRASTES

“La vida vale cuanto vale tu ideal,  
y no merece vivirla si no se consagra a un ideal grande”

## INFANCIA

El amor creó una nueva vida y ellos la soñaban. Sin embargo, aún cuando los dos amores la esperaban, solo uno pudo gozar su llegada. Corría el mes de febrero del segundo año de nuestra “Guerra Incivil”. La noticia se extendió como la pólvora. Vicente *el Parras* ha muerto. Amigos trabajadores de los distintos sectores de la agricultura y el comercio se dieron cita en la calle de El Ángel. Las banderas y pendones de las instituciones políticas y sindicales ondeaban al viento entre filas interminables de hombres enlutados que acompañaban el féretro.

Trabajaba Vicente en la construcción de una balsa de riego para la familia de Los Rogelios. No hubo tiempo para ninguna intervención médica. Fue fulminante. Una angina de pecho, como se decía entonces, acabó con su vida. Faustina, la de *La Casa del Rey*, ahora viuda, estaba en el séptimo mes. La contrariedad pudo ser demasiado fuerte. Incluso, alguien de la familia pudo aconsejar un aborto pensando en las dificultades políticas y sociales del momento, y ahora con tres hijos menores a su cargo. Estábamos en plena guerra. Una muerte así de inesperada no ofrecía un futuro fácil. Pero como ocurre en la leyenda del Ave Fénix, dos meses después de aquella muerte y sepultura, surgía una nueva vida.

La llegada de este cuarto hijo fue anunciada y confirmada en el registro oficial días después del nacimiento. Fue un veintiocho de abril, aunque su bautismo solo pudo celebrarse en la ermita del barrio de san Roque el día tres de mayo del año 1939, recién acabada la guerra, porque el templo parroquial de La Asunción estaba inservible a causa de los destrozos producidos en él durante los años anteriores.

Una heroína se impuso ante toda aquella emergencia. “Yo lo quiero. Lo hemos querido. Será bienvenido como los demás”. Y quitando horas al descanso, entregada a trabajos agrícolas, comprando y vendiendo en lugares cercanos y lejanos, cosiendo calzados, fabricando pan y entregada al estraperlo en una economía sumergida, y vigilada, pero también protegida y consentida por los que conocían aquella situación difícil en que se movía, consiguió sacar adelante a una familia numerosa. Y es que, en la mujer siempre hay una heroína cuando se trata de defender una idea, a la familia, a un hijo o al hombre a quien ama.

Los tiempos eran adversos. No eran buenos aquellos momentos. No era fácil opinar acerca de nada. Cuando llegó la dictadura solo al calor de la chimenea, durante el invierno, y en la intimidad familiar se podía escuchar algún relato, y aún así quedaba en el archivo íntimo de la familia. Sin embargo, sí se permitía, y era bien visto, el rezo del Santo Rosario y la asistencia a misa u otros actos de culto. También se admitía algún regalo que la abuela llevaba a la parroquia, como fruto de la última cosecha. Con estos gestos podías ser respetado entre vecinos y conocidos. Era como un salvoconducto para poder pasar inadvertido. Así corrieron los años cuarenta.

Al cumplir los cuatro años José Antonio ya estaba aprendiendo las primeras letras en la escuela que Consuelo Arnaldos regentaba en la calle Nueva. Me cuentan que en invierno siempre me vestían con un abrigo negro. Era el luto como otras supersticiones del momento. Recuerdo que aquella maestra utilizaba una técnica muy curiosa para enseñar las primeras letras. Confeccionaba con una especie de tela gruesa, como la del uniforme militar de infantería, un cuadrado de unos veinte centímetros, que colgaba sobre los hombros, deslizándose tanto por el pecho como por la espalda de los niños. En ella previamente había marcados grandes letras y números. Nos hacía jugar así vestidos, y mientras estábamos en movimiento cantábamos las letras que colgaban del cuerpo de los compañeros. Luego, situándonos en pequeños grupos formábamos palabras, que luego debíamos proclamar en voz alta.

Con estos primeros conocimientos, de lectura y luego de escritura con tiza de yeso sobre una pequeña pizarra, ingresé en el colegio que regentaban las monjas de la Caridad de San Vicente de Paul, en la misma calle Nueva. Mi buena y

recordada maestra fue sor Matilde, que vivió muchos años en el pueblo y ya en su ancianidad fue nombrada “hija adoptiva”. Allí, ellas me prepararon además para hacer la Primera Comunión. Después fui admitido a estudiar en las escuelas públicas graduadas para seguir haciendo la educación primaria. En este colegio de las monjas no se admitían niños varones después de hacer la primera comunión.

A los cinco o seis años yo era el compañero fiel de mi abuelo José Antonio, que cada mañana me buscaba y esperaba en la esquina de la calle del Ángel para que le acompañara, y así, recorrer con él sus propiedades del campo y de la huerta. En carro tirado por mulas, y guiado por su mulero, mi primo José Antonio Meseguer Martínez, visitábamos, primero la parte de secano cultivada en el paraje Casa del Rey. Allí era donde se revisaba el ganado y las cosechas de cereales. A continuación, nos trasladábamos al paraje Torre de Montijo para controlar los árboles frutales. Allí era donde preparaban la comida y se hacía un poco de siesta. En tiempo de verano, nos acercábamos hasta El Llano, donde se cosechaban hortalizas. Antes de que se pusiera el sol, había que regresar al pueblo, donde impaciente, siempre esperaba la abuela María de la Paz, que con frecuencia también nos acompañaba en este periplo.

A mis nueve años lamenté la muerte de mi abuelo. Sentado en la escalera de la casa pasé el día viendo entrar y salir a los muchos amigos y familiares que, con motivo del entierro, aquel día se acercaban a dar el pésame a la larga familia. Al quedarse viuda la abuela, me quedé con ella para acompañarla por las noches en su soledad. Luego acudía a la escuela, como cualquier alumno, donde seguí aprendiendo Gramática, Historia y Matemáticas, estudiando las lecciones en la Enciclopedia de Edelvives, con el recordado y buen maestro D. Juan Navarro Díaz, cuyo hijo Fernando llegó a ser sacerdote y más tarde atendió la parroquia de la Asunción de Cieza.

En diferentes momentos, yo también colaboraba en los quehaceres de la casa. Además de que muchas mañanas, bien temprano, acompañaba a la abuela, en la misa que se celebraba de madrugada en la parroquia de la Asunción de Molina.

Recibí el sacramento de la Confirmación el día ocho de junio de 1944 de manos del obispo, D. Miguel de los Santos Díaz y Gómara. Recuerdo que las puertas del templo permanecían

cerradas durante todo el tiempo que duraba la ceremonia, mientras los niños correteábamos por sus anchas naves.

Sorprendía a Juan Sandoval, el sacristán, ver a un niño todos los días en la parroquia. Y uno de aquellos días, en que el cura no tenía acompañante para salir a celebrar la misa, el sacristán me llamó para que colaborara en la parroquia como monaguillo. Allí me di a conocer e hice de querer de muchos feligreses. Allí empecé a relacionarme con gran parte de la población, que siempre valoró y defendió mis diversas iniciativas.

Mi barrio de san Roque era singular. Tanto los adultos como las pandillas de niños vivíamos una amistad natural envidiable. Cuando hacía buen tiempo, los vecinos se reunían en las puertas de las casas para hacer labores y comentar los incidentes de actualidad. Por otra parte, los niños jugábamos y nos entreteníamos en plena calle o en los campos cercanos donde fácilmente las familias podían localizarnos en caso de que les pudiéramos servir en algo. Sin pretenderlo, ejercía cierto liderazgo en la pandilla, creando una amistad entre todos que ha durado en el tiempo.

Mi abuela me contaba que en la familia había varios curas que yo mismo pude comprobar más tarde. Así, D. José Martínez Contreras al que calificaba de “culo de mal asiento”, porque en ninguna parroquia duraba mucho tiempo. Con este cura ella mantenía mayor relación, porque durante la guerra lo tuvo escondido en su casa. Menos trato tuvo con su primo, D. Antonio Sánchez Oliva, el que fue párroco de la Asunción de Cieza, durante los años de la postguerra. El más respetado y querido fue D. José Sánchez Oliva, hermano de Antonio, que murió mártir en Hellín durante la guerra. Contaba mi abuela que a sus verdugos les dio todas sus pertenencias, aunque ella pudo recuperar un pequeño rosario, que luego me regaló y que aún conservo en una cajita de pastillas juanolas, la misma caja que ella conservaba, para disimular durante los días de la guerra.

Por línea paterna, tuve más trato con D. Esteban Fernández García, escondido en mi casa y protegido por mis padres. Éste sirvió en varias parroquias de la diócesis, como la de El Palmar, Barinas y Macisvenda donde su padre, mi abuelo Francisco, al que no llegué a conocer, murió y fue enterrado en un cementerio recién inaugurado. Después de la guerra, mi tío Esteban estuvo de cura en la pedanía lorquina de Coy.



Luego, tras las oposiciones a parroquia de 1954 atendió la de Javalí Nuevo, y más tarde la de Santiago Apóstol de Lorquí. Acabó sus días, como beneficiado de la Santa Iglesia Catedral de Murcia, hasta el verano del año 1981. Por último, Faustino Fernández Molina, especialista en Biblioteconomía que hizo sus estudios en Roma y más tarde se hizo cargo, por expresa designación del obispo, de la biblioteca diocesana instalada y reformada dentro del palacio episcopal. En mis años de Teología coincidí con otro familiar, Vicente García Hernández, distinguido poeta.

Junto a un cura joven, cuando yo tenía unos diez años, varios niños nos agrupábamos y corríamos por el barrio de san Roque todos los jueves, y tal como se narra en el cuento de *El flautista de Hamelin*, íbamos reuniendo a otros niños que jugaban por las calles, hasta que llegábamos a algún lugar apropiado. Allí, él nos contaba historias, especialmente las leyendas de la Biblia. Con frecuencia nos hablaba de otros niños más pobres que nosotros, que pasaban hambre, que no podían ir a la escuela, que eran de otro color, que vivían por Asia, por África, por América... Y cuando llegaba el día de las misiones nos decía que nosotros, cuando fuéramos más grandes, también podíamos llegar hasta ellos, que podíamos ayudarles, enseñarles a leer, a progresar en la cultura y en las buenas costumbres. Nos ilusionaba con la idea de ser misioneros.

Aquel cura joven, D. José Oliva Conesa, había hecho la siembra. Luego, inesperada e injustamente fue desterrado por defender, en el púlpito, la causa de los pobres. Defender a los pobres, era y sigue siendo el pretexto para denunciar a algunos curas como comunistas. Siempre consideré esto como un error. Era al final de los años cuarenta. Algunos de los niños comentamos con desagrado aquel hecho. Pero él sin quejarse a nadie, y obediente a la jerarquía de entonces, aceptó el destierro como un regalo o un pretexto para trabajar con los campesinos en una zona de misión. Fue a Valdeganga, un pueblo de campo alejado en la provincia de Albacete. Por aquellos años la provincia de Albacete formaba parte de la diócesis de Cartagena. Allí dejó parte de su vida ante la admiración de los que le trataron. Luego, cuando Albacete fue creada sede episcopal y diócesis independiente de la de Cartagena, D. José Oliva fue nombrado responsable de la nueva parroquia de El Pilar, a las afueras de la ciudad.

Hace unos años, escuché el comentario de un buen teólogo y moralista en el que afirmaba que gracias a muchos clérigos marginados o desterrados por diversos motivos, en varios pueblos de campo y alejados de las grandes ciudades, se ha conservado la fe cristiana y sus virtudes.

Por los mismos motivos fue desterrado a Marchena, uno de los campos o desiertos cercanos a Almería, D. Bartolomé Tudela. Hombre admirado por la juventud de entonces en Molina de Segura. A principio de los años cincuenta fue igualmente sacado del pueblo D. Antonio Romero, destinado a La Copa, un pequeño poblado cercano a la ciudad de Bullas, donde murió en accidente cuando viajaba en una modesta motocicleta que utilizaba para sus desplazamientos por la zona. Poco después le tocó el turno a D. Juan Reina Vélez, por los mismos motivos. Todavía se conservaría el caciquismo en la ciudad por algunos años más. El tema social y el sexo eran tabú y quien se atrevía a manifestarse acerca de ellos era duramente castigado, tanto por la autoridad civil como por la eclesiástica. Años más tarde y por los mismos motivos, más difícil le resultó a la jerarquía remover de su puesto al párroco, D. Francisco Clemente García. El pueblo se manifestó en masa para impedir su salida.

Los que habíamos conocido a estos curas pensábamos, que como ellos, también podíamos ser misioneros, pero nos enseñaron que para ser misioneros teníamos que entrar en un seminario y estudiar. Allí nos podíamos preparar para ir a los países de misión. Y así lo hicimos.

Llegué al internado del seminario Menor de san José de Murcia acompañado de mi madre y mi abuela. La abuela siempre me quería cerca, y además quería reparar aquellos malos pensamientos en los días cercanos a mi nacimiento. En su interior se había comprometido a ayudarme durante todos los años de internado que, por cierto, no fueron muy agradables.

Ingresé en este internado en tiempos de la dictadura, cuando todavía se sufrían los efectos de la “guerra incivil”. Algunos eclesiásticos todavía vivían la euforia de la victoria y mantenían mano dura en sus gestos autoritarios. Así se manifestaban en los internados dirigidos por ellos. Era igualmente normal en las escuelas públicas y en las familias el castigo físico, y regía la norma de “la letra con sangre entra”. Era un recurso pedagógico para enseñar y educar. Pero, con

ello, pienso que solo se creaban con frecuencia, delincuentes, rebeldes o insatisfechos.

El silencio en el internado era lo más costoso. Siempre había que caminar en filas cuando nos desplazábamos de un lugar a otro. Al ir al comedor, al entrar en clase, al salir a recreo, al entrar en la capilla o al dormitorio... De no hacerlo podías recibir un castigo físico o moral: un bofetón, lo más frecuente, o una afrenta. Así me ocurrió un día, cuando saliendo en filas para iniciar el recreo, durante unos pasos cambié unas palabras con el compañero que caminaba delante. El rector, que estaba asomado desde la ventana de su despacho, me llamó a continuación. Allí estaba reunido con el padre de un posible alumno y me reprochó, delante de aquel señor, mi mal comportamiento, al mismo tiempo que me responsabilizaba de que el hijo de aquel señor hubiera decidido no ingresar al internado a causa de mi mal ejemplo. Ya en aquel tiempo no me creí aquel razonamiento para reprocharme y humillarme ante aquel padre desconocido. Pero, aquella disciplina, muchas veces absurda, tuvimos que aceptarla como un medio imprescindible para el fin que nos habíamos propuesto. Y así logramos pasar los cinco primeros años de formación.

Nuestras familias nos visitaban casi todas las semanas y nos llevaban, dentro de su pobreza, algo de comida, que con toda seguridad la tomaban de su mesa y se privaban de ella. Y también podíamos asegurar que su mesa era más pobre que la nuestra. Sin embargo, se sentían en la obligación, pero una obligación gozosa, de acompañarnos durante una hora cada semana y asegurarse de que estábamos bien. En cierta ocasión, cuando cursaba el segundo curso de Humanidades, manifesté a mi madre que estaba necesitando un libro, pero que de momento no era urgente, porque lo estaba usando de los que había en la biblioteca. No lo pensó. Sacó dos pesetas de su bolsillo, que era lo que costaba el libro, y me dijo, cómpratelo, no vaya a ser que te suspendan. Luego supe que había hecho el viaje de vuelta al pueblo, en el “coche de san Fernando”. Solo disponía de aquel dinero para la vuelta al pueblo en el autobús. Todavía conservo aquel libro.

En ese sistema autoritario, casi militar, algunos compañeros no soportaron la disciplina y se retiraron. Otros igualmente se retiraron buscando carreras con más futuro. Porque en este internado se vivía una disciplina dura, y como

en otros, se vivía una represión permanente. Había que vivir como saltando en una carrera de obstáculos, si querías lograr tu objetivo misionero. A pesar de todo, esta infancia estuvo sembrada de un ambiente de ilusión, aunque también de sacrificio.

Aún recuerdo a un compañero de Albacete, a José Luis García Cañada que, viéndome distraído en la capilla durante un acto litúrgico, esperó un momento adecuado para llamarme a solas y hacerme ver que mi comportamiento en la capilla no había sido correcto. Luego se lo agradecí y fuimos desde entonces muy buenos amigos. Lamenté su separación, cuando la política española decidió que la provincia de Albacete quedara integrada en Castilla la Mancha. Y que con ese motivo, también el obispo de esa nueva diócesis, creara su propio seminario, llevándose de Murcia a partir de entonces a todos los alumnos domiciliados en la diócesis de Albacete.

Siendo ya mayores y estando de párroco en Jumilla, cuando José Luis García Cañada supo de mi estancia en esta ciudad, fue a visitarme disimulando que se estaba preparando para contraer matrimonio en esta parroquia y quería alguna información. Luego celebramos su broma y recordamos nuestras pequeñas historias de niños en el internado.

## ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

El seminario Mayor fue distinto. Y aunque hubiera castigos, estos se reducían a la expulsión tratándose de faltas muy graves o a dificultades en el estudio, o a entender que no había una vocación clara. En esta etapa de mi adolescencia todavía se experimentaban los duros años de la postguerra. La situación de pobreza y trabajos poco remunerados fueron la causa para que muchos adolescentes y jóvenes encontraran el seminario como una oportunidad para hacer una carrera. Algunos llegaron hasta el final de los estudios sin que su objetivo último fuera el sacerdocio. La mayor parte de estos, aun reconociendo su error, alcanzaron esta meta, bien para no defraudar la ilusión de la familia o igualmente por un interés personal. Desgraciadamente, luego se mantuvieron en su responsabilidad como funcionarios, asegurándose una nómina. No les importaba llevar una vida doble, de rutina o poco ejemplar. Había sido su oportunidad para poder comer, consiguiendo hacer una carrera a costa de la Iglesia y de

Franco. Otros tuvieron la valentía de retirarse a tiempo, con su carrera casi terminada, orientando su vida en otras profesiones también dignas. En varios casos ayudé a compañeros a decidir el abandono de esta carrera porque abiertamente ya me habían comentado que su vocación estaba orientada hacia otras metas. En aquel tiempo, el Estado por su parte pagaba a los profesores y superiores del internado, y por otra parte, la Iglesia cubría la manutención de aquellos alumnos, que con su pequeña aportación no podían cubrir los gastos de su formación.

Poco a poco nos fuimos adaptando a aquel ambiente de internado. Especialmente, al pasar a estudios superiores. Ahora se nos permitía algún contacto con el mundo exterior. Salíamos a los barrios de la periferia de la ciudad y se nos permitía hacer catequesis y relacionarnos con los padres de los niños y preadolescentes que acudían a nuestra llamada. También íbamos conociendo de cerca y confirmándonos acerca del sufrimiento de la gente que luchaba para poder sobrevivir.

En vacaciones convivíamos con los inmigrantes, que desde los cortijos, pedanías y pueblos del campo acudían a los centros industriales, en busca de un salario que les permitiera mejorar su situación económica. Muchos adquirían un nuevo domicilio, que aunque no reunía las mejores condiciones, de momento era mejor que lo que habían abandonado en sus lugares de origen.

Así se fueron acomodando conciencia de que existía la Seguridad Social o de que su salario era injusto. Tampoco observaban que cobraban menos horas de las que trabajaban. No recibían un justificante o nómina en la que constara su categoría profesional, contrato o demás datos relativos a su trabajo. En un sobre cerrado y sin más datos que la cantidad de dinero que iba en su interior recibían el fruto recortado de su trabajo. Muchos trabajadores, en estas condiciones, no tenían otra opción para pensar en su futuro, porque les urgía demasiado el presente familiar.

En el tiempo de las vacaciones, algunos de nosotros, junto a otros jóvenes de los movimientos obreros cristianos, iniciamos una labor de mentalización entre los trabajadores de la conserva. Incluso nos mezclamos en grupos de trabajo para la recogida de la fruta. Los movimientos apostólicos de acción pastoral, tanto la Juventud Obrera Cristiana (JOC), la Juventud Agraria Cristiana (JAR), la Acción Católica Estu-

diantil (JEC o JIC), como la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), nos descubrieron que desde la Iglesia, en pequeños grupos, podíamos ayudar a los trabajadores y experimentar el mundo de la pobreza y de la inseguridad. En las reuniones con miembros de la Hoac, aprendimos a estudiar y acompañar a este mundo obrero con espíritu evangélico, ayudados por el Plan Cíclico diseñado por Guillermo Roviroso y por D. Tomás Malagón, consiliario nacional de este movimiento obrero cristiano y cofundador del Sindicato Comisiones Obreras junto a Marcelino Camacho, allá por los años cuarenta. Estas relaciones fueron el pretexto para que algunos compañeros y educadores escandalizados, nos colgaran el “sambenito” de comunistas. Por otra parte, aunque en nuestras familias ya lo estábamos viviendo, habíamos entendido que había otros sectores, mucho más pobres y en distintos campos que los nuestros a los que pensábamos que teníamos que ayudar.

Durante las vacaciones en el pueblo, los seminaristas nos protegíamos haciendo lecturas espirituales con algún libro recomendado o saliendo juntos por las tardes a pasear o a bañarnos en el río Segura. En muchas ocasiones me prestaba a organizar largas excursiones a lugares míticos y lejanos del municipio como el Chorrico, la Fuente Setení, Campotejar, Los Valientes, Las Flechas, Las Salinas, la Cueva Negra de Fortuna...

El mismo párroco, D. José Escámez, nos acompañaba muchas tardes en un paseo por las afueras del pueblo. Era ésta su aportación para conocernos y para dar posteriores informes a los dirigentes de nuestro seminario.

Era costumbre, desde hacía años, que los campamentos del Frente de Juventudes tuvieran una atención religiosa. Para ello solicitaban al Obispado un capellán acompañado de algunos seminaristas teólogos. Esta vez fue en Los Narejos, paraje cercano a la ciudad de Los Alcázares de la provincia de Murcia. Sin más representantes del clero allí me presenté por indicación del rector del seminario. Uno de los domingos, que coincidió con la organización del campamento, acudió el párroco del pueblo vecino a celebrar la misa. Solo tuve conocimiento de este acto cuando estando en formación militar las tres centurias de acampados, en posición de firme, esperaban al sacerdote revestido de sus ornamentos. Acudí como un acampado más en línea recta junto al resto de los mandos

del campamento. Cuando intenté saludar al párroco de Los Alcázares, éste ya se había marchado. Mi labor, que no estaba programada, la orienté a charlar con los acampados en sus ratos libres o a acompañarles en sus tiendas cuando las escuadras se retiraban para descansar. Otro momento que cuidaba al máximo era la oración de la mañana comentando una consigna que debían retener durante el día. En esta ocasión conocí al joven que años más tarde sería un buen amigo, Eduardo López Pascual, que por aquel tiempo debería tener unos catorce o quince años.

Dos años después pude participar en el campamento organizado por Juventud Obrera Cristiana en el paraje de Campoamor, situado entre Torrevieja y San Pedro del Pinatar.

Durante los cursos de Filosofía y más en Teología simpatizamos y conectamos, dentro del seminario, un grupo de compañeros del mismo curso, también sensible a los problemas sociales. La reflexión y la oración compartida en grupo nos unió fuertemente hasta el punto de llegar a “poner todo en común”, como queriendo imitar el gesto de las primeras comunidades cristianas. Nuestras intervenciones, en la vida común del internado y la forma de entender la vida, empezaron a crear sospechas en nuestros educadores. Para ellos éramos como comunistas camuflados, vigilaban nuestras lecturas y registraban las habitaciones en busca de material sospechoso.

A esto les acompañaban algunos aduladores y enchufados que intentaban llegar de puntillas hasta el final de su carrera. Nuestros educadores, en aquellos años, crearon una especie de espionaje, para que se controlaran nuestros contactos con el exterior. Se tenía en cuenta a las personas que nos visitaban o que tratábamos durante el tiempo de vacaciones. De igual manera, la literatura o revistas que leíamos eran controladas. Esta forma de pensar y actuar nos valió el calificativo de sospechosos. Incluso a la hora de recibir las Órdenes Sagradas, aparecieron denuncias de párrocos ultraconservadores tratando de impedir las mismas. Pero, afortunadamente fue el mismo obispo, D. Ramón Sanahuja y Marcé, el que se interesó por informarse y deshacer las mentiras y maldad de los provocadores. Bajo su responsabilidad nos admitió en el presbiterado.

Hasta entonces, nuestra formación espiritual, había estado marcada con un espíritu monacal. Por una parte, los

formadores pertenecían a la Fundación de Sacerdotes Operarios Diocesanos, nacida en 1898 en Tortosa con el entusiasmo de Manuel Domingo y Sol, cuyo carisma era la formación y promoción de vocaciones al sacerdocio. Esta institución se caracterizaba por darnos una formación de cara a una vida de claustro para un futuro próximo. Nosotros entendíamos que ese no era nuestro objetivo. Queríamos un modelo de formación que nos preparara para extender la evangelización en medio de la gente del pueblo. Por otra parte, observábamos que algunos compañeros sí los tenían como referentes para su vida posterior. Incluso se incorporaron a sus casas de formación para poder pertenecer más tarde a esa Fundación de Operarios Diocesanos.

Al mismo tiempo, los Directores Espirituales eran jesuitas, franciscanos o algún cura mayor ultraconservador. Estos cuidaban de nuestra vida y nuestra formación espiritual. Muchos compañeros, sinceros y de buen espíritu, pero inseguros de lo que debía ser su vida entre la gente común, aceptaban como normal el estilo monacal que infundían aquellos directores espirituales y educadores.

Fruto de aquel sistema formativo, se explicaba el estilo de trabajo de algún colectivo de curas que apareció más adelante como pesetero. Esto podía explicar la inseguridad en que se desenvolvía entonces el clero diocesano en previsión de un futuro económico incierto, y que arrastrara sus compromisos clericales como el de funcionarios y sin ilusión. Así lo veíamos en nuestros grupos emergentes.

En esas circunstancias, surgió en la diócesis una nueva corriente de pensamiento: Los Convictorios Sacerdotales. En estos, imitando la figura de san Juan de Ávila, el gran apóstol de Andalucía, se quería experimentar lo que suponía una Espiritualidad propia del Clero Diocesano y Secular. Un clero que por estar cerca y dentro del pueblo, viviendo en una casa como las demás, compartiendo la vida de trabajo como el resto de los ciudadanos, viviera los valores del Evangelio, sintiendo la inseguridad de un salario, las dificultades y problemas de la gente común y ganando el pan con el trabajo de sus manos.

Nos servían como referentes algunos párrocos experimentados que eran ejemplo entre sus feligreses como D. Juan de Paco Baeza en Jumilla; D. Juan Sáez en Abarán; D. Antonio Bernabé en Águilas. También D. Mariano Aroca López en la



parroquia del Carmen de Murcia; D. Joaquín Alarcón Millá en Cehegín; Salvador Sánchez Paños en Beniaján; D. Diego Hernández párroco de Villena y luego director espiritual del Seminario de Orihuela; Cayetano Moreno en Monteagudo; Luis Hernández y D. José Aguirre como orientadores y consiliarios de la juventud; etc... También, en ese tiempo, otras corrientes de pensamiento influían con mucha fuerza. Así, el movimiento de Curas Obreros y los Sacerdotes del Prado en Francia; o los Hermanitos de Jesús que vivían el espíritu de Charles de Foucault; o el colectivo de simpatizantes con el Opus Dei que hizo su buena redada en el seminario entre los teólogos de aquellos años; más tarde surgiría para una Renovación Catequética en un barrio de Madrid la Comunidad Neocatecumenal de Kiko Arguello; también la Comunidad de Renovación Carismática (Pentecostales); Comunión y Liberación; Legionarios de Cristo Rey de Marcial Marcel, de dudosa orientación cristiana...

Los Convictorios Sacerdotales aglutinaban a varios curas de pueblos o parroquias cercanas para compartir experiencias y “poner en común” sus bienes, tanto espirituales como materiales. Por los años cincuenta hasta los ochenta tuvieron mucha eficacia en Monteagudo, Cehegín, Lorca, Caravaca de la Cruz, La Alberca, El Palmar, Cartagena, Alcantarilla y Águilas.

Siendo teólogo, además de experimentar la vida en campos de trabajo, como el Servicio Universitario del Trabajo (SEU) o en la vendimia francesa, y siguiendo la espiritualidad del Abate Pierre con los “Traperos de Emaús” en los suburbios de París, los compañeros que habíamos terminado el tercer curso de teología organizamos unas misiones populares por los campos de la región.

En la búsqueda de algún lugar oportuno, visitamos la pedanía de Fenazar, perteneciente al municipio de Molina de Segura. Presentamos allí nuestro proyecto al laborioso párroco, D. José Galindo Pérez, que se entusiasmó con la idea y nos dio toda clase de facilidades. Un centro de operaciones lo montamos en la casa parroquial. Allí preparábamos nuestras actividades; allí evaluábamos cada acción realizada al retirarnos por la noche; y desde allí nos desplazábamos hacia Los Valientes, El Rellano y otros cortijos más cercanos.

La mañana la pasábamos con los trabajadores en sus faenas del campo. Participábamos en sus trabajos de labranza, en la recolección de sus cosechas, acompañábamos a los pas-

tores mientras pastaba el ganado... Por la tarde, teníamos actividades con los niños mientras alguno de nosotros preparaba la charla que debía dar en la reunión de la noche con los adultos.

Nos entusiasmaba y estimulaba el interés de aquellos campesinos por acudir a estos encuentros, a pesar de nuestra juventud, y teniendo en cuenta que el trabajo del campo a ellos les obligaba a madrugar al día siguiente. El espíritu misionero, para nosotros, estaba vivo.

En los últimos años de nuestros Estudios Teológicos, nos visitaron desde Ecuador Mons. Manuel Serrano Abad y Mons. Oscar Antonio Mosquera, Arzobispos de Cuenca y Guayaquil, respectivamente. Empleaban las más sutiles y fervientes súplicas para solicitarnos que les ayudáramos en su país, tan falto de misioneros. Después de sus intervenciones, en un gesto de atrevimiento me acerqué a ellos y les prometí que, cuando acabara mis estudios teológicos, podían contar conmigo. Y así fue. El día veintiocho de noviembre de 1963, cuando el reloj marcaba las 18:13 horas, en el trasatlántico “Verdi”, procedente de Génova, zarpábamos hacia Ecuador, Domingo López Marín y yo. Así empezó mi aventura misionera de la que nunca me he arrepentido.

## PRESBITERO DE LA DIÓCESIS DE CARTAGENA

Mientras sonaban las campanas de la catedral, en ambiente de romería, muchos familiares y amigos acompañaban a los candidatos que esa mañana recibirían las Órdenes Sagradas. Todos nos dirigíamos hasta la parroquia de El Carmen. El obispo cerraba el cortejo. Eran las primeras horas de una mañana de verano, en un día que apuntaba ser de mucha luz y mucho calor. El grupo de la *Scola Cantorum* del seminario iba entonando las Letanías de los Santos, cuyos ecos resonaban por las calles silenciosas de la ciudad. En medio de este ambiente de emoción contenida, once nuevos promocionados a recibir las órdenes sagradas caminaba implorando a todos los santos la ayuda para poder ser fieles al encargo que iban a recibir. Más tarde se haría realidad esa misión que otros seguidores del Maestro ya habían recibido: “id por todo el mundo...”

Una semana, después de este emotivo momento, el párroco de Javalí Nuevo iniciaba sus vacaciones y me pidió que le